

hoy al almuerzo... Un pedazo de pan de ayer y sin manteca, sin nada más. Esta es nuestra vida, Teodorico. Mira que es duro.

Enternecido, prometí hablar á la tía.

¡Hablar á la tía! Ni siquiera osaría contarle que conocía á Javier y que había entrado en aquella guardilla impura, donde habitaba una española enflaquecida en el pecado.

Y para que ellos no advirtiesen mi innoble terror de la tía, no volví por la calle de la Fe.

Hacia mediados de Septiembre, el día de la Natividad de Nuestra Señora, supe por el doctor Barroso que el primo Javier, casi moribundo, quería hablarme en secreto.

Fuí allí por la tarde, contrariado. En la escalera olía á fiebre. En la cocina, Carmen hablaba entre sollozos con otra española flaca, de mantilla y traje de satén, raído y triste. En la alcoba, Javier, arrebujado en un cobertor, con la palangana á la cabecera de la cama, llena de espantos sanguinolentos, tosía desesperadamente:

—¿Eres tú, muchacho?

—¿Qué es eso, Javier?

El me dió á entender con una frase obscena que estaba perdido. Y estirándose de espaldas, con un brillo seco en los ojos, me habló de la tía. Habíale escrito una carta capaz de desgarrar el corazón: la fiera no había respondido. Ahora iba á mandar á el *Diario de Noticias* un anuncio, implorando una limosna en esta forma: «Javier Godiño, primo del rico comendador G. Godiño, etc., etc.» Quería ver si doña Patricino de las Nieves dejaba así, á un pariente, implorar públicamente la caridad en las páginas de un periódico.

—Pero es necesario que tú me ayudes, que la enternezcas. Cuando ella lea el anuncio, cuéntale tú esta miseria. Háblale al corazón. Dile que es una vergüenza dejar morir en semejante abandono á un pariente, á un Godiño. Dile que ya se murmura. Mira tú, si hoy he podido to-

mar un caldo, ha sido porque esa muchacha, la Lolita, que está en casa de Benita la Vejigosa, nos trajo cuatro pesetas. Mira tú á lo que he llegado.

Me levanté conmovido.

—Cuenta conmigo, Javier.

—Hazme un favor. Si tienes un duro que no te haga falta, dáselo á Carmen.

Se lo dí á él, y salí prometiéndole que hablaría á la tía, en nombre de los Godiños y en nombre de Dios.

Al otro día, después del almuerzo, mi tía, con el mondadientes en la boca, desdobló el *Diario de Noticias*. Ciertamente halló pronto el anuncio de Javier, porque quedó largo tiempo contemplando una columna de la tercera página donde el anuncio negreaba aflictivo y vergonzoso. Entonces me pareció ver vueltos hacia mí, desde el fondo de la guardilla, los ojos aflictivos de Javier, y la faz amarillenta de Carmen, húmeda de llanto, y las pobrecitas manos de los niños esperando una corteza de pan... Todos aquellos desgraciados confiaban en las palabras que debía yo dirigir á la tía, palabras fuertes, conmovedoras, destinadas á salvarlos y procurarles el primer pedazo de carne en aquel verano de miseria. Abrí los labios; pero ya mi tía, recostándose en la silla, murmuraba con una sonrisa feroz:

—Que se aguante... Es lo que sucede al que no tiene temor de Dios y se mete con borrachos... Que no se le hubiese gastado todo en vicios... Para mí, hombre que anda tras de las faldas, que se pierde por ellas, acabó... No tiene perdón de Dios, ni lo merece. Que sufra, que sufra, que también Nuestro Señor Jesucristo sufrió por nosotros.

Bajé la cabeza y murmuré:

—¡Y aún no sufrimos bastante!... ¡Cuánta razón tiene usted, tía! Que no se metiese en faldas.

Mi tía se levantó, cruzó las manos y dió las gracias al Señor. Yo entré en mi cuarto y cerré la puerta, todo tré-

mulo, sintiendo aún, terribles, recelosas y amenazadoras, las palabras de la tía para quien los hombres acababan cuando se metían con faldas. También yo me había metido con faldas en Coimbra, en el Terreiro da Herva. Allí, en mi baúl, tenía los documentos del pecado, la fotografía de Teresa dos Quinze, una cinta de seda y una carta de ella, la más dulce, en la cual me llamaba *único afecto de su alma*, y me pedía dieciocho pesetas. Había cosido tales reliquias dentro del forro de un chaleco de paño, recelando las incesantes rebuscas de la tía entre mi ropa blanca. Pero lo cierto es que allí estaban, en el baúl, del cual la tía guardaba la llave, cosidas dentro del chaleco, haciendo una dureza de cartón que cualquier día podían palpar sus dedos desconfiados... ¡Desde aquel momento yo acabaría para ella!

Abri el baúl, descosí el forro, saqué la carta deliciosa de Teresa, la cinta que conservaba el aroma de su piel y su fotografía: en el alfeizar de la ventana, sin piedad, lo quemé todo, amabilidades y fingimientos; y aventé desesperadamente las cenizas de mi ternura.

En aquella semana no osé volver á la calle de la Fe. Después, un día que lloviznaba, fui allí al anochecer, encogido bajo mi paraguas. Un vecino, viéndome examinar desde lejos las ventanas negras y muertas de la bohardilla, me dijo que el señor Godiño había sido llevado al hospital en una camilla.

Di la vuelta tristemente y en el crepúsculo húmedo, habiendo rozado bruscamente con otro paraguas, oí de repente mi nombre de Coimbra lanzado con alegría:

—¡Oh, Raposón!

Era Silverio, un antiguo discípulo y compañero en casa de las Pimientas. Acababa de llegar del Alentejo, donde había pasado un mes en casa de un tío, un ricacho ilustre, el barón de Alconchel. Ahora, ya de vuelta, me contó que iba ver á una tal Ernestina, muchacha rubia, que vivía en el Salitre.

—¿Quieres venir allá un rato, Raposón? Vive con ella otra muchacha muy bonita, la Adelina... ¿Tú no conoces á la Adelina? Pues, anda: ven á verla... Es una gran mujer.

Aquel día era domingo, noche de partida en casa de mi tía. Yo debía recogerme religiosamente á las ocho de la noche. Me rasqué la barba indeciso. Mi compañero, á quien llamábamos de apodo el *Requebrador*, me habló de la blancura de los brazos de Adelina: comencé á caminar al lado del *Requebrador* poniéndome los guantes negros.

Unidos, con un cartucho de pasteles y una botella de Madera, entramos en casa de Ernestina: la encontramos cosiéndose un elástico de las botas. Adelina, echada sobre el sofá, con chancra y enaguas blancas y las chinelas caídas sobre la alfombra, fumaba un cigarrillo. Me senté á su lado, conmovido y un poco avergonzado, con mi paraguas entre las rodillas. Solamente cuando Silverio y Ernestina salieron abrazados en busca de copas para el Madera, osé preguntar á la muchacha:

—¿De dónde es usted?

Era de Lamego. Yo, más atortolado que antes, sólo acerté á decir que era triste aquel tiempo de lluvia. Ella me pidió otro cigarro cortesmente, llamándome *caballero*. Aprecié tales formas. Las mangas holgadas de su chambera descubrían unos brazos tan blancos y tan bien hechos, que, entre ellos, la misma Muerte debía ser agradable.

Yo le ofrecí el plato donde Ernestina colocara los pasteles. Ella quiso saber mi nombre. Tenía un sobrino que también se llamaba Teodorico; y esto fué como un hilo sutil y fuerte que de su corazón vino á enroscarse en el mío.

—¿Por qué no deja usted su paraguas en un rincón?— me dijo ella riendo.

El brillo picante de sus dientes menudos hizo abrir dentro de mi pecho un capullo de madrigal.

—Es para no alejarme ni siquiera un instante del lado de usted.

Ella me hizo una cosquilla lenta en el pescuezo. Embobado de gozo, bebí el resto del Madera que ella dejara en la copa. Adelina, volviéndose lánguidamente, me levantó el rostro, y mis labios encontraron los suyos con el beso más serio, más sentido, que hasta entonces conmoviera mi sér. En aquel instante un reloj comenzó á dar las diez, falso, irónico, lento.

¡Dios mío, era la hora del té en casa de la tía!

Con qué terror, sin abrir siquiera el paraguas, me lancé á la calle. Llegué jadeante y ni siquiera me quité las botas llenas de lodo. Enfilé derecho para la sala: allá, al fondo, en el sofá de damasco, distinguí los anteojos negros de la tía fijos en la puerta, esperando por mí. Todavía balbuceé:

—Tía...

Pero ya ella gritaba, verdeante de cólera, sacudiendo los puños:

—¡Relajaciones en mi casa no las admito! El que quiere vivir aquí, ha de estar á las horas que yo marco. El que no se avenga á ello, tiene la puerta abierta.

Bajo la rociada estridente de indignación de la señora doña Patrocinio, el padre Piñeiro inclinó la cabeza. El doctor Margaride, para apreciar concienzudamente mi culpa, sacó su pesado reloj de oro. Y fué el buen padre Casimiro quien, como sacerdote y como procurador, intervino, influyente y suave.

—Doña Patrocinio tiene razón; tiene mucha razón en querer orden en casa... Pero tal vez nuestro Teodorico se haya demorado un poco más en el Martiño, oyendo hablar de estudios, de compendios...

Exclamé amargamente:

—No es eso, padre Casimiro, no es eso. Ni siquiera estuve en el Martiño. ¿Sabe usted dónde estuve? En el convento de la Encarnación. Encontré á un condiscípulo que

iba á buscar á su hermana. Hoy es fiesta y la hermana había pasado el día con una tía suya, comendadora... Estuvimos esperándola, paseando en el patio... Yo muerto, por zafarme cortesmente de mi amigo, que es sobrino del barón de Alconchel... y él dale que dale, hablándome de su hermana que va á casarse...

La tía Patrocinio gritó con furor:

—¡Qué conversación, qué indecente conversación para el patio de un convento! Cállate, alma condenada que debías tener vergüenza...

El doctor Margaride extendió la mano pacificadora y solemne:

—Está todo explicado. Teodorico fué imprudente; pero el sitio donde estuvo es respetable... Yo conozco al barón de Alconchel. Un verdadero caballero, un buen cristiano. De los propietarios más ricos de Alentejo, tal vez uno de los más ricos de Portugal ó el más rico... No hay fortuna territorial que exceda á la suya. Sólo en cerdos, sólo en corcho...

Se había puesto en pie y su voz engolada arrastraba montones de oro:

—Muchos miles de duros; millones, muchos millones.

El buen padre Casimiro murmuraba á mi lado con blandura:

—Tome su té, Teodorico, vaya tomando su té. Crea que la tía únicamente desea su bien...

Removiendo desfallecidamente el azúcar, pensaba en abandonar para siempre la casa de aquella vieja melindrosa que así me ultrajaba delante de la Magistratura y de la Iglesia, sin consideración á la barba que comenzaba á nacerme, fuerte, respetable y negra.

Pero, á los domingos, el té era servido en la vajilla de plata del comendador Godiño. Yo la veía maciza y respandeciente ante mí: la gran tetera, terminada en pico de pato; el azucarero, cuyas asas tenían la forma de una lagartija; el palillero gentil, en figura de macho, trotando

bajo sus alforjas. Y todo pertenecía á la tía. ¡Qué rica era la tía! Era necesario ser bueno y agradar siempre á la tía!

Por eso, más tarde, cuando ella penetró en el oratorio para rezar su trisagio ya yo estaba de rodillas, gimiendo, golpeándome el pecho y suplicándole al Cristo de oro que me perdonase haber ofendido á la tía.

Al fin, un día llegué á Lisboa con mi título de doctor metido en un canuto de lata. La tía lo examinó reverente, hallando un sabor eclesiástico á las líneas en latín, á las paramentosas tintas bermejas y al sello dentro de su relicario.

—Está bien,—dijo ella,—ya eres doctor. A Dios Nuestro Señor lo debes; vé, no lo olvides.

Corrí al oratorio con el canuto en la mano y di las gracias al Cristo de oro por mi inútil y glorioso grado de doctor.

A la mañana siguiente estando ante el espejo peinándome la barba, que ahora tenía cerrada y negra, el padre Casimiro entró en mi cuarto frotándose las manos y sonriendo.

—No es maleja la noticia que le traigo, señor doctor.

Y después de acariciarme, según su afectuosa costumbre, con dulces palmaditas en la espalda, el santo procurador me reveló que la tía, satisfecha de mi conducta, había decidido comprarme un caballo para que diese honestos paseos y me esparciese por Lisboa.

—¡Un caballo, oh, padre Casimiro!

Un caballo; y además de eso, no queriendo que su sobrino, ya barbudo y doctor, sufriese una vergüenza por faltarle á veces una moneda que echar en el petitorio de Nuestra Señora del Rosario, la tía me asignaba una mesa da de quince duros.

Abracé con calor al padre Casimiro. Y deseé saber si la

intención de mi tía era que no tuviese otra ocupación, además de andar á caballo por Lisboa, que dejar monedas de plata en el petitorio de Nuestra Señora.

—Mire, Teodorico; á mí me parece que su tía no quiere que usted tenga otra ocupación sino temer á Dios... Lo que le digo es que le espera una vida muy regalada. Pero hay que darle siempre gusto á la tía.

La verdad es que yo recelaba tanto desagradarle, que ni un solo día dejé de oír misa y de rezar el trisagio en el oratorio. Antes de comer, en chinelas, rezaba la jaculatoria á San José, ayo de Jesús, custodio de María y amorosísimo patriarca. A la mesa, contaba á mi tía las iglesias en que me deleitara y los altares que estaban iluminados. Vicenta la criada escuchaba con devoción, en pie entre las dos ventanas donde un retrato de nuestro Santo Padre Pío IX ocupaba la tira de pared verde teniendo por debajo, pendiente de un cordón, un viejo antejo de larga vista, reliquia del comendador G. Godiño. Después del café, la tía se adormilaba. Yo ahora, autorizado por ella, salía á recrearme fuera de casa hasta las nueve y media y corría al final de la calle de la Magdalena. Allí, con recato, oculto el rostro en el cuello de mi gabán y pegado al muro como si el farol de gas que alumbraba en la esquina fuese el ojo inexorable de la tía, penetraba en el portal de casa de Adelina...

¡Sí, de Adelina! Porque nunca se me había olvidado, desde la noche en que el *Requebrador* me llevó al Salitre, el beso que ella me diera, lánguida y blanca, sobre el sofá. En Coimbra le hiciera versos; y aquel amor, dentro de mi pecho, fue, en el último año de Universidad, en el año de Derecho eclesiástico, como un maravilloso lirio que nadie veía y que perfumaba mi vida... Apenas mi tía me señaló los quince duros de mesada, corrí en triunfo al Salitre; ¡Adelina ya no estaba allí!

También fué esta vez el *Requebrador* quien me enseñó aquel primer piso de la calle de la Magdalena donde Ade-

lina moraba ahora protegida por Eleuterio Serra de la firma *Serra Brito y Compañía*, con tienda de modas y bisutería en la Concepción Vieja.

Escribió á Adelina una carta ardiente y seria, poniendo respetuosamente al empezar: «Muy señora mía». Ella respondió con dignidad:

—«Muy señor mío: Tendré sumo gusto en recibirle después de mediodía». Le llevé una cajita de pastillas de chocolate, atada con una cinta de seda. Entré, pisando conmovido la estera nueva de la sala. Adelina un poco constipada me recibió con un chal encarnado sobre los hombros. Reconoció en seguida al amigo del *Requebrador*; me habló de Ernestina con severidad, llamándola *indecentona*. Su voz, enronquecida por el catarro, me infundía el deseo de curarla en mis brazos con un largo día de agasajo y *sonnolencia*, bajo el peso de los cobertores, en la penumbra tibia de su alcoba. Después, Adelina quiso saber si yo era empleado ó estaba en el comercio. Le referí con orgullo cuanta era la riqueza de mi tía. Con sus manos entre las mías le dije:

—Si ahora la tía reventase, yo era quien le ponía á usted una casa elegante.

Ella murmuró, bañándose todo en la negra dulzura de su mirada:

—¡Cómo que voy á creerlo! Si usted cogiese todo ese dinero ya no se acordaba más de mí.

Me arrodillé sobre la estera, trémulo, oprimiendo el pecho sobre sus rodillas, ofreciéndome como una res.

Adelina abrió su chal y me aceptó misericordiosamente.

Desde aquel día,—cuando Eleuterio, en el club de la calle nueva del Carmen, jugaba la malilla, —yo tenía allí, en la alcoba de Adelina, la radiante fiesta de mi vida. Era el elegido de su pecho y tenía en su casa un par de chinelas. A las nueve y media, despeñada, envuelta en una bata, me acompañaba hasta la puerta.

—Adios, mi vida.

—Adios, riquito.

Y me dirigía á casa de la señora doña Patrocinio de las Nieves, rumiando mi gozo. El verano pasó lánguidamente. Al comenzar Octubre, mi vida se tornó más fácil y más amplia. La tía me mandó hacer un frac y lo estrené, con su permiso, yendo á oír en San Carlos la ópera *Poliu-to*, ópera que el doctor Margaride recomendara como henchida de sentimientos religiosos y llena de elevada lección moral. Fui con él, rizado y de guantes blancos. Después, al otro día, durante el almuerzo, conté á mi tía el devoto enredo, los ídolos derribados, los cánticos, las señoras de la aristocracia que estaban en los palcos y de qué rico terciopelo vestía la Reina.

—¿Sabe usted quién vino á hablarme, tía? El barón de Alconchel, el tío de aquel muchacho que fué mi condiscípulo. Me trató con mucha distinción.

A la tía le agradó aquella distinción. Después, tristemente, como un moralista ofendido, me lamenté del medio descote de una señora inmodesta: desnuda de brazos, desnuda de pecho, mostrando la carne espléndida é irreligiosa que es la desolación del Justo y la angustia de la Iglesia.

—Créame, tía, estaba con enojo.

A la tía le agradó este enojo.

Pasados pocos días, después del café, cuando me dirigía aún en chinelas al oratorio, para hacer una corta petición á las llagas de nuestro Cristo de oro, la tía me llamó:

—Tienes permiso para volver hoy á San Carlos si quieres... Hoy y siempre que te parezca... Eres un hombre formal y no me importa que estés fuera hasta las once ú once y media.

Corrí delirante á ponerme el frac. Tal fué el comienzo de aquella anhelada libertad, conquistada laboriosamente, inclinando el espinazo ante la tía y golpeando el pecho ante Jesús. ¡Libertad bienvenida, ahora que Eleute-

Serra estaba en París, haciendo compras para sus almacenes; y Adelina libre, bella, más jovial y más hermosa que nunca.

Ciertamente yo había ganado la confianza de mi tía con mis serviles y beatos fingimientos; pero lo que más la moviera á alargarme así, tan generosamente, mis horas de honesto recreo, había sido—y esto lo dijo confidencialmente al padre Casimiro—la certeza de que yo me portaba religiosamente y no andaba tras de faldas.

Por eso, ahora, eran tantas mis precauciones para evitar que me quedase, en la ropa ó en la piel, el delicioso olor de Adelina: á este fin traía en el bolsillo pedazos sueltos de incienso.

Antes de subir la triste escalera de la casa, penetraba ocultamente en la caballeriza desierta, allá en el fondo del patio, y sobre una barrica vacía quemaba algún pedazo de devota resina y me sahumaba exponiendo al aroma purificador las aletas de mi chaqueta y mis barbas viriles... Después subía y tenía la satisfacción de ver como la tía respiraba con regalo:

—Jesús, qué rico olor á iglesia.

Modesto, y con un suspiro, murmuraba:

—Soy yo, tía.

Además de eso, para mejor persuadirla de mi indiferencia por las faldas, coloqué un día, en la mesa del comedor, como olvidada, una carta con sello, seguro de que la religiosa doña Patrocinio de las Nieves, mi señora y tía, no dejaría luego de abrirla. La abrió y le agradó. Estaba escrita por mí á un condiscípulo de Arrayollos, y decía, en letra noble, estas cosas edificantes: «Sabrás que he terminado mal con Simoes, nuestro compañero de filosofía, por haberme pedido que le acompañase á una casa deshonestas. Esta clase de ofensas no las admito. Tu recordarás todavía como en Coimbra detestaba yo tales relaciones. Verdaderamente, no comprendo que haya nadie que, por una distracción pecaminosa, se arriesgue á penar por to-

dos los siglos de los siglos en las calderas de Satanás. Dios mediante, en tales tentaciones espero que no caiga en mucho tiempo tu compañero,—T. Raposo.

La tía leyó y le pareció bien. Y todas las noches, vestido de frac, besaba con unción los huesos de sus dedos, y diciéndole que iba á oír *Norma*, corría á la alcoba de Adelina, á hundirme perdidamente en las beatitudes del pecado.

Una de esas noches, al salir de una confitería del Rocío, de comprar yemas acarameladas para Adelina, tropecé de manos á boca con el doctor Margaride que me anunció, después de un abrazo paternal, que iba á San Carlos, á ver el *Profeta*.

—A usted le veo de frac; naturalmente, también viene.

Quedé atortolado. Con efecto, habíame vestido de frac diciéndole á la tía que iba á gozar del *Profeta*, ópera de tanta virtud como una santa orquesta de iglesia... Y ahora tenía que sufrir el *Profeta* de veras, embutido en una butaca, rozando la rodilla del docto magistrado, en vez de descansar perezosamente en un tálamo amoroso viendo á mi diosa en camisa comerse las yemas acarameladas.

—Sí, efectivamente, también yo iba á ver el *Profeta*, —murmuré aniquilado. —Dicen que tiene una música casi religiosa... A la tía le pareció muy bien que fuese.

Y con mi inútil cartucho de yemas acarameladas, subí melancólicamente, al lado del doctor Margaride, la calle Nueva del Carmen.

Ocupamos nuestras butacas. En la sala, resplandeciente, blanca y con tonos de oro, yo pensaba en la alcoba sombría de Adelina y en el desaliño de sus faldas, cuando reparé que de una de las hileras, al lado, una señora gruesa y madura, una Ceres otoñal, vestida de seda color de paja, volvía hacia mí, á cada dulce expresión de los violines, sus ojos claros y serios.

Pregunté luego al doctor Margaride si conocía á aquella dama «que yo por la tarde solía encontrar muchas veces

en la iglesia de la Gracia, visitando al Señor de los Pasos, con una devoción, un fervor...»

—El individuo que, detrás de ella, no hace otra cosa que abrir la boca, es el vizconde de Souto Santos. La joven ó es su mujer, la vizcondesa de Souto Santos, ó su cuñada, la vizcondesa de Villar o-Vello...

A la salida, la vizcondesa (de Souto Santos ó de Villar o-Vello) quedóse un momento en la puerta, esperando su carruaje, envuelta en una capa blanca, orlada delicadamente de pieles; su cabeza, entonces, me pareció más altiva, incapaz de sentir, tonta y pálida, las delicias del amor; la cola, color de paja, arrastrábase sobre el enlosado; era espléndida, era vizcondesa; otra vez, traspasándome, me miraron sus ojos claros y serios.

La noche estaba estrellada. Y descendiendo en silencio al lado del doctor Margaride, yo pensaba que, cuando todo el oro de la tía fuese mío y dorase mi persona, podría entonces conocer una vizcondesa de Souto Santos ó de Villar o-Vello, no en su espléndido gabinete, sino en mi alcoba, ya caída la grande capa blanca, desnuda ya de las sedas color de paja, alba sólo por el brillo de su desnudez y haciéndose pequeña entre mis brazos... ¡Ay ¿cuando llegaría la hora, dulce, soberanamente dulce, de la muerte de mi tía?

—¿Quiere usted acompañarme á tomar un té en el Martiño?—me preguntó el doctor Margaride cuando entráramos en el Rocío.—No sé si conoce usted la torrada de Martiño; es la mejor torrada de Lisboa.

En Martiño, ya silencioso, con los mecheros de gas moribundos entre los espejos embazados, el doctor Margaride, pidió el té para los dos. Después, viéndome mirar con inquietud las manos del reloj, me dijo que llegaría á casa con tiempo bastante para rezar mis devociones con la tía.

—La tía, ahora,—dije yo,—tiene más confianza en mí y me concede más libertad, alabado sea Dios.

—Y usted lo merece todo. La tía le ha cobrado cariño, según me ha dicho el padre Casimiro...

Entonces, recordé la vieja amistad que unía al doctor Margaride con el padre Casimiro, procurador de la tía Patrocínio y su celoso confesor. Aprovechando la oportunidad, lancé un leve suspiro y abrí mi corazón al magistrado lealmente, como á un padre.

—Todo eso es verdad, doctor Margaride. Sin embargo, mi porvenir me inquieta mucho... Hasta tengo el proyecto de ir á un concurso para delegado. Cierto que la tía es rica, que yo soy su sobrino, su único pariente, su único heredero, pero...

Y miré ansiosamente para el doctor Margaride que, por el locuaz padre Casimiro, conocería tal vez el testamento de la tía. El silencio grave en que permaneció el digno magistrado, con las manos cruzadas sobre la mesa, me pareció siniestro. En aquel instante el camarero trajo la bandeja del té, sonriendo y felicitando al magistrado por verlo mejorado de su catarro.

—Deliciosa torrada,—murmuró el doctor.

—Excelente torrada,—suspiré yo cortesmente.

Arriesgué otra palabra tímida.

—Cierto que la tía parece tenerme algún cariño...

—La tía le quiere bien,—atajó con la boca llena el magistrado.—Usted es su único pariente... Pero la cuestión es otra, Teodorico. Tiene usted un rival.

—Lo reviento,—grité yo irresistiblemente, con los ojos llameantes y dando un puñetazo en el mármol de la mesa.

El doctor Margaride reprobó con severidad mi violencia.

—Esa expresión es impropia de un caballero. En general, no se revienta á nadie... Y, además de eso, su rival no es otro, amigo Teodorico, que Nuestro Señor Jesucristo.

¡Nuestro Señor Jesucristo! Solamente comprendí cuando el esclarecido jurisconsulto, ya más calmado, me reve-

ló que la tía, aun en el último año de mi carrera, proyectaba dejar su fortuna, tierras y predios, á hermandades de su simpatía y sacerdotes de su devoción.

—Estoy perdido,—murmuré.

El doctor Margaride acabara la torrada. Extendiendo regaladamente las piernas, me consoló con el mondadien-tes en la boca, afable y perspicaz.

—No está todo perdido, Teodorico. No me parece que esté todo perdido. Usted se porta bien con su tía, le lee el periódico, reza con ella el trisagio.. Todo eso influye. Inútil es decirselo; el rival es fuerte.

Yo gemí.

—De primera.

—Es fuerte, y debemos añadir digno de respeto. ¿Quiere usted oír mi opinión? Usted heredará todo si doña Patrocinio, su tía y mi señora, se convence de que, dejarle á usted la fortuna, es como dejársela á Nuestra Santa Madre la Iglesia.

El magistrado pagó el té generosamente. Después, ya en la calle, con la cara medio oculta en el cuello levantado del gabán, todavía me dijo en voz baja y confidencial:

—Con franqueza. ¿Qué tal la torrada?

—No hay mejor torrada en Lisboa, doctor Margaride.

El me apr-tó la mano con afecto y nos separamos cuando estaba dando la media noche en el reloj del Carmen.

Apresurando el paso por la calle nueva de la Palma, yo comprendía bien amargamente el error de mi vida... ¡Sí, el error! Porque hasta aquel momento la devoción con que yo procuraba agradar á mi tía y á su dinero, había sido siempre regular, pero nunca había sido ferviente. Era preciso, para heredar, que la tía exclamase un día cruzando las manos con recogimiento: ¡Es un santol Sí, yo debía identificarme de tal suerte con las cosas eclesiásticas y sumergirme en ellas, de manera que la tía, poco á poco, no pudiese distinguirme claramente de aquel conjunto de

cruces, imágenes, casullas, palmas y cirios que era, para ella, la Religión y el Cielo.

Yo estaba decidido á no dejar ir para Jesús, hijo de María, la fortuna del comendador G. Godiño.

Quando llegué á casa, sentí que la tía estaba rezando sola en el oratorio. Entré en mi cuarto sin hacer ruido; me alboroté el pelo, y echándome de rodillas al suelo, fui así, arrastrándome por el corredor, gimiendo, suspirando, dándome golpes de pecho, llamando desoladamente á Jesús, mi Dios.

Al oír en el silencio de la casa estas lúgubres lamentaciones de penitencia, la tía acudió despavorida á la puerta del oratorio.

—¿Qué te pasa, Teodorico; hijo, qué tienes?

Me abaté sobre el suelo gimiendo, desfallecido de pasión divina.

—Perdone, tía... Estuve en el teatro con el doctor Margaride; después tomamos té, hablando cariñosamente de usted... De repente, al volver para casa, ahí, en la calle de la Palma, comienzo á pensar que había de morir, y en la salvación de mi alma y en todo lo que Nuestro Señor padeció por nosotros y me entró un ansia de llorar... En fin, si hace el favor la tía, me quedaré aquí un rato en el oratorio para aliviarme...

Muda é impresionada, la tía encendió reverentemente, una á una, todas las velas del altar. Después, en silencio, desapareció cerrando las cortinas con recato. Me quedé allí, sentado en el almohadón donde la tía se arrodillaba, suspirando alto y pensando en la vizcondesa de Souto Santos ó de Villar o Vello y en los besos voraces que le daría en aquellos hombros, maduros y succulentos, si pudiese poseerla solo un instante, aunque fuese allí mismo, en el oratorio, á los pies de oro de Jesús mi Salvador.

Entonces, comencé á corregir mi devoción y á hacerla